



15263

|             |      |           |
|-------------|------|-----------|
| CALL NUMBER | 1    | 45861     |
|             | COPY | ACCESSION |

BOOK CARD

|  |
|--|
|  |
|--|

OF DAYTON LIBRARY

UNIVERSITY OF DAYTON LIBRARY



R000489138

KEEP THIS CARD IN BOOK  
POCKET AT ALL TIMES. CHARGE  
FOR LOSS OR DAMAGE OF  
THIS CARD: \$1.00

A

University of Dayton Library  
Dayton, Ohio 45409





AMADO NERVO







a Compt  
Molineux

Receives  
de  
G. Henry

1717





# AMADO NERVO

POR

CONCHA MELÉNDEZ



DISCARDED  
FROM  
UNIVERSITY OF DAYTON  
ROESCH LIBRARY

**INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS**  
EN LOS ESTADOS UNIDOS

Nueva York

1926

ALBERT EMANUEL LIBRARY  
UNIVERSITY OF DAYTON  
DAYTON, OHIO

---

ES PROPIEDAD  
DERECHOS RESERVADOS  
PARA TODOS LOS PAÍSES

---

*Copyright, 1926, by the Instituto de las Españas.*

*Concesionarios exclusivos para la venta: En los Estados Unidos:*

*Columbia University Press, New York, N. Y., U. S. A.*

*En Europa e Hispano América:*

*Librería de «La Lectura», Madrid, España.*

128  
17  
43

A DON FEDERICO DE ONÍS,  
quien al leer y recomendar este  
libro al INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS  
dió a mi vida la más pura alegría  
y a mi vocación el más fuerte  
estímulo.



## EL MENSAJE

Otros poetas me trajeron gemas preciosas, melodías recónditas, ensueños celestes. El mensaje de Amado Nervo fué más hondo y definitivo: él acentuó en mi espíritu el amor al misterio. Misterio de la vida, del amor, de la muerte, de la eternidad... En vano busqué en las múltiples críticas que han llegado hasta mí, un estudio serio de este aspecto esencial de su obra.

Al fin, en un breve artículo de Emilio Carrère he leído esta observación luminosa: «El misterio—esa voz que nos llama entre la sombra, esa mano invisible que nos acaricia, ese hálito glacial que roza nuestra frente—inspiró al poeta estrofas henchidas de interrogaciones al más allá. Acaso era un iniciado, un sensitivo, o, más aún, un clarividente de las altas zonas teosóficas.»

Cualquier teósofo que lea las obras completas del gran inspirado, omitirá la palabra «acaso» del aserto de Carrère, para decir que, sin duda alguna, fué un sensitivo, un iniciado y un clarividente. No de otra manera habría podido escuchar la voz de «Hermana Agua» o interpretar los signos inteligentes que le hacían las flores y las estrellas.





## II

### LA ATRACCIÓN DEL MISTERIO

¿Cuándo sintió Amado Nervo el impulso hacia lo eterno? ¿Cómo se enamoró del misterio? El soplo de eternidad que encendió su espíritu, surgió con el amanecer de su pensamiento. Niño aún, en el seminario de Jacona, abrió en su alma el loto inmortal que perfumó su último libro.

Como en Novalis—uno de los autores que leyó con predilección en su última época—, el deseo de saber en Nervo se componía extrañamente de ciencia y misterio. Y así, en astronomía, le complació la hipótesis de la pluralidad de los mundos habitados, y en psicología, los casos anormales, las reminiscencias, la doble personalidad.

Ama a unos ojos mientras ignora su matiz; jamás pregunta el nombre de la mujer que adora, ni del César por quien lucha:

El ansia del misterio me agita y desespera,  
jinete en mis pegasos o nauta en mi galera  
corriendo voy tras todo señuelo que lo finge.

Su soledad se puebla de ojos invisibles que leen el mismo libro que lo absorbe, de oídos que escuchan sus acentos. En su libro *Ellos* describe admirablemente esta sensación en las páginas que titula «Alguien ha entrado». El poeta, después de breve ausencia, retorna a su estudio y siente que alguien ha entrado allí, alguien que ha leído en el libro que dejó sobre la mesa de trabajo.

En *El Sexto Sentido* intercala la poesía «Tenue». A solas, en momentos de honda meditación, una dulce ausente lo visita. Se anuncia con un eco muy lejano, un blando suspiro, un vago perfume. Mas, si el poeta, distraído, no advierte la misteriosa visita, Lumen se aleja, diluyéndose en un rayo de luna.

Muchas son las composiciones en que, glosando a Víctor Hugo, dice que los muertos no son los ausentes, sino los invisibles. Así ha cantado en «La amada inmóvil».

Feliz quien a su lado  
tiene el alma de un muerto idolatrado,  
y en las angustias del camino siente  
sutil, mansa, impalpable, la delicia  
de su santa caricia,  
como un soplo de paz sobre la frente.

¿Qué soñador, al recordar un muerto adorado, no ha sentido en la frente ese soplo de paz, bañando su corazón de ternura y de luz su pensamiento?

### III

## NERVO Y SHAKESPEARE

Es curioso observar lo que buscan y admiran los espíritus refinados en las obras de los genios del arte. Cuando el genio es tan universal y humano como Shakespeare, las predilecciones son hondamente reveladoras; cada cual se detendrá ante el personaje que más se le parezca y vibrará con las ideas que reconozca como suyas.

Rubén Darío, en su primera época, se entusiasma con la mitología shakesperiana, y de ella desprende aquella reina Mab que hace viajar en un coche de una sola perla al travieso Puck, a Oberón, con su corte milagrosa...

Rodó prefiere *La Tempestad*, obra de plena madurez, de belleza profunda y delicada. Él, tan ecuánime y sereno, admira de Próspero la sabiduría y el dominio que posee de sí mismo y de la naturaleza.

Amado Nervo se entusiasma ante Hamlet. Se adivina esta admiración, especialmente, en los versos juveniles del poeta. Hamlet encarna maravillosamente el período de reconstrucción, el momento de honda crisis

psicológica en que el adolescente reconoce la fuerza del mal y, tratando de investigar los problemas relacionados con Dios y el mundo, encuentra al final de cada interrogación la turbadora imagen del misterio. En los versos de *Perlas negras*, Nervo ha expresado las angustias de este período trascendental cuando dice:

En medio de mi ruta, sólo abrojos;  
al final de mi ruta, sólo arcanos.

Espíritu reflexivo, torturado por el anhelo de perfección, Hamlet padeció la soledad de los que albergan exaltados ideales en una sociedad indiferente, ajena a sus conflictos interiores. Su alma, de complejidad moderna y dolorosa, es hermana de la de Nervo. Así, cuando el poeta dice de sí mismo:

Yo soy un alma nocturna, que quiere tener estrellas,  
nos parece que está describiendo el alma del príncipe dinamarqués.

En la poesía «Obsesión», habla de un fantasma que, como Hamlet a Ofelia, le dice: «Mira, vete a un convento». La composición «Azrael» termina con las palabras más famosas de Hamlet: «Ahora es preciso que yo duerma—¡morir... ¡dormir! ¿dormir? ¡Soñar acaso!»

Y cuando Nervo, al hablar de nuestro siglo, confiesa su sed de progreso, su nostalgia de fe, su naufragio en el mar de teorías que no despejan sus dudas, sufre la misma fiebre especulativa que provoca los delirios de Hamlet.

Yago interesa a Nervo más tarde. Ve en él un símbolo ubicuo en cuyos ojos negros arde encono sin fin. Aparece en todo amor, en toda esperanza, con sus invariables presentes: desconfianza, duda. «No se puede ver a Yago y ser dichoso. ¡Ay del cariño que se deja besar por Yago!»

Nervo ha escrito dos artículos en prosa de asunto shakesperiano: «Jacques-Pierre», que aparece en el libro *El éxodo y las flores del camino*, y «El problema y el milagro de Shakespeare». En este último, después de resumir las diferentes hipótesis acerca de quién pudo ser el autor de las obras atribuidas a Shakespeare, da su opinión sobre la expuesta por H. B. Simpson. Imagina Simpson que un segundón noble y rico, de vasta cultura, fué colaborador de Shakespeare en el arreglo de viejas piezas dramáticas. Muchacho de genio incomparable, divierte sus ocios dando toques maestros a la obra de su amigo, y deja que Shakespeare firme las producciones. Todo esto lo inventa Simpson, porque no puede explicarse cómo Shakespeare adquirió su saber enciclopédico, su conocimiento exacto de la vida de la corte.

Nervo opina que la hipótesis es vana erudición. El genio es siempre un milagro y realiza su obra «sin sujetarse a las miserables pautas de nuestra experiencia diaria».

Las citas que toma de Shakespeare son, desde luego, las que aluden al misterio de los sueños, de la vida y de la muerte.

«Hay más cosas en la tierra y en el cielo, Horacio,

de las que entiende nuestra filosofía; estamos hechos de la propia substancia de nuestros sueños; la vida es el sueño de una sombra errante; ser o no ser es el gran problema.» En estas citas que Nervo introduce en algunos de sus escritos en prosa, están en síntesis casi todos los «porqués» y los «quizás» que lo acompañaron hasta el período de beatitud que cantó en «Elevación».

## IV

### EL PSICÓLOGO

El interés psicológico que satura la obra de Amado Nervo es casi tan esencial como su aspecto místico. Predomina en sus escritos en prosa y en una gran parte de sus versos introspectivos, donde, usando sus palabras, «se asoma todo a su interior hambriento de enigmas y de eternidad».

Le interesan especialmente los casos de psicología anormal. *El Bachiller*, su primer libro, es un lúcido análisis de la predisposición al misticismo frecuente en la adolescencia. El conflicto está expresado con tal maestría, que la novela parece en parte autobiográfica.

*Pascual Aguilera* es un excelente estudio de un caso de degeneración rayano en la locura. Profundiza en las causas hereditarias y presenta el proceso de la enfermedad hasta su crisis con verdad científica.

*Amnesia* es otra novela corta donde Nervo se revela vivamente interesado en el fenómeno de la doble personalidad. El asunto es una joven superficial y hosca,



quien, a consecuencia de un descuido al nacer su primer hijo, es víctima de una amnesia total. De los silos profundos de la subconsciencia surge una mujer nueva, candorosa y tierna, que encarna el ideal de su esposo. En esta narración, Nervo da fe de sus lecturas acerca de la personalidad múltiple citando a Carlos Ramus, William James, Ribot, Bergson y Albert Wilson. Termina comentando unas páginas de un libro francés que al analizar el fenómeno, lo resume en misterio fisiológico y psicológico.

Por misterioso cautivó a Nervo, aunque no tan intensamente como el misterio de los sueños.

Bécquer se le anticipa planteando las interrogaciones que nos asaltan después de un sueño maravilloso. Pero Bécquer comienza interrogando acerca de la verdad del desasimiento del espíritu, de su vida intensa en el mundo de la idea, mientras el cuerpo duerme; confiesa no saber si el mundo de las visiones de los sueños «vive fuera o va dentro de nosotros», y su única afirmación es que conoce a muchas gentes a quienes no conoce.

Nervo, en cambio, define el sueño como un estado de divinidad; hace decir al protagonista de las «Ideas de Tello Téllez» cómo el sueño compensa la vida trivial que la mayor parte de los humanos viven durante el día; cómo durante el sueño se han resuelto situaciones que la vigilia fué impotente para resolver, y termina con estas palabras: «El sueño es la vida misma continuada en otro plano. Debemos considerarlo como una realidad aparte en la cual nos movemos muchas horas ¡quizás la más pura de las realidades!»

Ya en *Serenidad*, el poeta había cantado:

Soflar es *ver*: un ángel que llega callandito,  
deshace nuestras vendas con dedos marfileños;  
la noche es de los dioses; soñando nos visitan.  
¡Quién sabe qué ventanas que dan al Infinito,  
nos abren los ensueños!

Amplía esa misma idea en la poesía «Dormir». La vigilia nos sumerge en la ilusoria realidad; el sueño es el mejor paraíso; el único mundo exclusivamente nuestro donde hilamos acaso nuestra verdad.

«Cien años de sueño» es una interesante divagación al margen de noticias sobre sueños prolongados, donde insinúa la posibilidad del mito de la Bella del Bosque Durmiente. «Parece que las hadas de los cuentos de Perrault se llaman en la actualidad afecciones nerviosas. La única diferencia que hay entre las dormidas de hoy y la Bella de antaño, es que aquéllas no se despiertan ya para casarse con el hermoso príncipe enamorado. Pero, ¡quién sabe si sueñan en las bodas, si su Psiquis las realiza en el callado misterio de la muerte!»

En el volumen *Cuentos misteriosos*, hay uno interesantísimo, titulado «La Serpiente que se muerde la cola». Nervo enumera y comenta allí las diferentes hipótesis con que los psicólogos y filósofos han tratado de explicar el extraño problema de las reminiscencias: los «estados hipnoides» de que habla Crichton Browne, el retorno eterno de Nietzsche, las fantasías de Camilo Flammarion.

La psicología de la maldad interesa también al poeta.

Glosa a Emile Tardieu, que busca el origen de la maldad en las enfermedades, la fatiga y el fracaso. Personalmente, Nervo tiene el concepto budista del mal: «El mal no es una realidad. Los seres perversos no son de hecho sino seres inferiores. El alacrán pica, porque no sabe; el perro lame y acaricia, porque empieza a saber, porque es, según la célebre frase, un candidato a la humanidad.» Al suspicaz o perverso lo rodea el vacío; el espíritu cordial y bondadoso es un «pescador de almas», porque ha experimentado el goce evangélico de dar.

Explorando la subconsciencia, pocos han alcanzado la hondura de Nervo. Estudia el instinto, al que compara con un Señor Salvaje que duerme en la subconsciencia para surgir de pronto en los grandes peligros y en las grandes pasiones.

Detrás de una barrera enigmática descubre al dios misterioso que habita «en lo más escondido de la mente». Al asomarse dentro de sí mismo, ha sentido el vaho de enigma que sube de lo insondable. Y las contradicciones que observa en su ser, lo asedian con dudas amargas, hasta que en la composición «Dos redes» se acoge a la intuición que lo alienta hacia la fe. El nauta arroja dos redes al fondo del abismo; la primera, la red del análisis, volvió vacía; la segunda, la intuición, le trajo perlas enormes, criaturas irreales, todo un mundo desconocido hasta entonces.

Sus investigaciones lo llevaron a estudiar la cuestión de lo inconsciente en la creación literaria. Explica la clasificación que hace Herbert Spencer de las manifestaciones mentales: la psicología ordinaria y la que se

revela solamente por instantes. El papel que representa esa parte misteriosa de nuestro Yo, lo insinuaron Marco Aurelio, Platón, Krishna y Jesús. Buscando testimonios más cercanos, nombra a Lemaître, Beethoven, Alfredo de Musset y Lamartine, que han comprobado la fuerza de lo inconsciente en sus creaciones.

Y, siempre apasionado del misterio, escribe: «Los grandes poetas son conductores de divinidad. Por su boca habla el Arcano. En sus estrofas adquiere voz Aquél o Aquello de quien dijo Renán: «¡Oh!, abismo, eres el dios único. Sus versos son fórmulas, ecuaciones eternas del Enigma que palpita detrás del universo visible.»

Tiene Annie Besant una explicación peregrina relacionada con lo inconsciente en las producciones del genio. Aunque Nervo, en sus últimos años, leía asiduamente las obras de la presidenta de la Sociedad Teosófica, no llegó a leer la serie de conferencias tituladas «Theosophy and the New Psychology», que le hubieran suministrado curiosos detalles acerca de uno de los asuntos que más le interesaron.

Annie Besant cree muy conveniente la comparación hecha por Myers para explicar la subconsciencia. Habla él de un diafragma imaginario que separa la consciencia de la subconsciencia. Todo lo que está debajo de ese diafragma pertenece a la subconsciencia; lo que está encima es la consciencia ordinaria. Debajo hay una enorme cantidad de experiencias incongruentes. Algunas han pasado de la consciencia al dominio del sistema simpático; son reliquias heredadas del pasado, relieves

de vidas salvajes, tanteos que han quedado muy atrás al avanzar nosotros en nuestra continua evolución. Otras experiencias, separadas un tanto del sistema cerebro-espinal, están dormidas en los nervios, prontas a despertar en una de esas «ráfagas» en que, como observa Rodó, nos desconocemos.

Annie Besant traza un límite superior a la consciencia, y, más allá de ese límite, imagina una zona inexplorada, que llama superconsciencia. Las inspiraciones del genio no pueden venir de la nebulosa y grosera subconsciencia: vienen de lo más elevado del Yo, y difieren de los impulsos subconscientes en que llegan directamente al cerebro y no a través del sistema simpático.

Ahi seguramente hubiera colocado Nervo a su dios silente, al amigo sublime, que en sus interiores tempestades calmaba sus dudas con mensajes de esperanza.

## V

### EL HUMORISTA

En los primeros libros de Nervo encontramos alguna que otra vez la ironía. Una ironía dolorosa que refleja nostalgia de comprensión, melancolía ante las imperfecciones humanas. Así, la poesía XXII de *Perlas negras*, retrata, con amargura que hace recordar a Richépin, el contraste absurdo del pobre niño violinista, muerto de frío ante los muros de un palacio, mientras en una rica estancia, en lecho coronado por áureo blasón, duerme apaciblemente el falderillo de la condesa.

O aquel poemita que parece una dolencia de Campoamor, con perfume becqueriano:

¡Cállate!—dijo, posando  
su diestra sobre mi boca.  
—¿Olvidarte yo?... ¡Primero  
la luz se trocara en sombras,  
perdiera el mar sus rumores,  
el rosal no diera rosas!

---

Pasaron algunos años  
y la luz el campo dora,  
las ondas gimiendo expiran,  
flores de nácar adornan  
el rosal... ¡Y mi recuerdo  
ya no vive en su memoria!

Es más tarde el hombre que desflora los libros malos para que el donante crea que los ha leído; piadosamente satisface la vanidad de ellos y ellas, prodigándoles los adjetivos resonantes, y se siente feliz de haber cultivado la «santa inutilidad de la belleza».

Luego su ironía cuaja en humorismo. Él, que no nació para reír, aprendió a sonreír con sonrisa discreta y melancólica; privilegio, a su entender, de las almas fuertes y serenas. Y atribuye al *Quijote*, como mérito incomparable, el hecho de que su lectura nos enseña a sonreír.

Si escribe comentando los progresos de la aviación, la cirugía, la eugenesia, pasa, en rápida transición, de la seriedad al humorismo.

Todos los maestros sonríen cuando, en el cuento «La próxima encarnación», asegura que una vida de maestro de escuela vale por dos; y con una sonrisa leemos lo que nos dice acerca de la congestión mental de las mayúsculas; de la última guerra organizada por los animales contra los hombres; de las bellas cabecitas sin pensamiento, o la nube que se viste de luz para ser contemplada por un asno pensativo y dos escuálidos poetas.

El resplandor fugaz de esta sonrisa, alternando a veces en un libro con los pensamientos trascendentales, nos envuelve en una suave luz, propicia a la meditación.



## VI

### EL PEDAGOGO

Todo aquel que ama a los niños fervorosamente es pedagogo por instinto. La comprensión de las almas infantiles es señal inconfundible de los espíritus elevados.

Pedagogo por instinto hubiera sido Amado Nervo, aun sin haber enseñado, como enseñó algún tiempo, en la Escuela Preparatoria de la capital de Méjico. Profundamente intuitivo, hubo de interesarse en lo que hay de conmovedor y misterioso en la vida de los niños.

«Nada hay más interesante y sugestivo para una pluma experta—nos dice—, como esas almas nacientes, que se abren como una flor misteriosa; esas inteligencias que asoman a la vida llenas de curiosidades e interrogaciones, y cuya sensibilidad es un misterio insondable.»

Para esas almas pide libros diáfanos y puros. Para ellas pide, sobre todo, alegría. Anhela que el niño, triunfador en Inglaterra y los Estados Unidos, impere también en todas las naciones civilizadas. Por eso exporta a los escritores de España, Francia y la América



española, a que escriban para los niños, y le interesan vivamente los «kindergartens», las escuelas sanatorios y las escuelas al aire libre.

Aplaude a Benavente cuando pone en práctica la hermosísima idea de crear un teatro para niños. Aunque su entusiasmo no le deja ver que *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros*, y *Ganarse la vida*, que inauguraron el teatro infantil de Benavente, se alejan, en algunos aspectos, de las cualidades que la moderna pedagogía requiere en la literatura infantil. Las autoridades más competentes señalan, como imprescindible, un desenlace feliz. *Ganarse la vida*, deja a los pobres «niños sin niñez», abandonados a la usura de un tío egoísta, a la crueldad de otro niño perverso, llorando la ausencia de la madre lejana. El problema social que encierra este dramita, no pueden comprenderlo los niños, y el desamparo de los pequeñuelos impresionará dolorosamente sus almas de sensibilidad delicadísima. Queda frustrado el objeto esencial del espectáculo, que debe ser, antes que nada, divertir a los niños.

En cuanto a la bellísima fantasía *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*, para ser realmente adecuada tendría que conservar la gracia infantil, la ternura, las ingenuidades de los cuentos de Perrault, que Nervo alaba en ella, y eliminar la ironía sin hiel y las «ráfagas shakesperianas», que también aplaude el poeta; porque los niños de tierna edad, difícilmente perciben la ironía, y las «ráfagas shakesperianas» aún no despiertan su interés. Pero la comedia perdería su mayor encanto con esta eliminación.

*El príncipe que todo lo aprendió en los libros y Ganarse la vida*, son más bien obras para adolescentes, quienes recibirán una lección muy oportuna de la primera, y un saludable impulso a su naciente altruísmo, de la segunda.

Una de las íntimas satisfacciones de Nervo fué el haber podido contarse entre los pocos que en la América hispana han escrito para la niñez.

En 1903 publicó un libro de cantos escolares, donde reunió algunos poemitas folklóricos, varias adaptaciones del francés y algunas composiciones originales.

En el prefacio de este libro, el autor revela una visión pedagógica modernísima. Habla de la influencia del canto colectivo en el establecimiento de lazos de cooperación y solidaridad entre los niños, en la educación de la voz, en la enseñanza indirecta de verdades necesarias. Señala cómo el canto fomenta el amor a la naturaleza, suaviza los caracteres y es inspiración y estímulo en el trabajo.

Los cantos escolares están insertos con el título de «Los cinco sentidos», en el volumen *Las Voces, la lira heroica y otros poemas*. Adolecen de los errores en que incurren todos los que tratan de escribir para la infancia sin haber tenido antes una larga experiencia, observando y, mejor aún, enseñando gran número de niños. Usa Nervo en muchos de ellos palabras difíciles, o súbitamente se olvida de quiénes van a ser sus lectores, introduciendo un pensamiento sutil o profundo. Esto sucede, por ejemplo, en «Las bodas de la mariposa», «Noche Buena», «Las alas» y «La campa-

nita». En esta última composición, después de tres estrofas encantadoras, termina el poeta así:

*Suspensa* entre la tierra y el *infinito*,  
yo sueño toda dicha, todo pesar,  
yo soy quien a las almas a orar invito...  
¡din-dán, din-dán!

¿Cómo hacer comprensible a un niño de siete años, por ejemplo, la idea de lo infinito, y decir que la campana está suspendida idealmente entre la tierra y ese infinito?

«El Día de los Muertos» es, por su asunto, demasiado triste para un canto escolar y muy profundo para una mente infantil:

¡Ah! nunca olvides al que ha muerto,  
que vivirá viviendo en ti;  
tal vez su sombra en giro incierto,  
vuela en redor del campo yerto,  
diciendo a todos: ¡Piensa en mí!

Pero hay algunos de estos cantos que podrían figurar, por su sencillez y acierto, con los mejores del *Jardín de versos para un niño*, de Stevenson.

¡Cuánta ternura y cuán exacta visión de la psicología infantil hay en «Amor filial», «Niñito, ven...», «Buen viaje», «Mi gatito», «La ardilla» y «Desde la ventana». Estos poemitas aseguran a Nervo la amistad y el amor de los niños. Son superiores a los «Infantiles», de la excelsa Gabriela Mistral. La poetisa chilena usa siempre un lenguaje difícil hasta en las composiciones:

«Doña Primavera», «Nubes blancas» y «Promesa a las estrellas», que es donde más se acerca a la poesía realmente infantil.

Aun en la «Promesa a las estrellas», que me parece la mejor, creo inverosímil que a un niño de corta edad se le ocurra hacer esta pregunta:

Ojitos de las estrellas,  
¿por qué sois azules, rojos y violetas?

La diversidad de color en las estrellas no se percibe a simple vista sin una atenta observación, y los niños la ignoran, hasta que, adolescentes ya, la ciencia se lo dice.

Plantando un árbol, ningún niño comprenderá, aun cuando los recite, los versos:

Bautismo de luz da un rayo  
al cono piramidal.

En cambio, ¡qué deliciosamente infantiles son estas estrofas del poeta mejicano!:

Con la mitad de un periódico,  
hice un buque de papel,  
y en la fuente de mi casa,  
va navegando muy bien.

—

Mi hermana, con su abanico,  
sopla que sopla sobre él.  
¡Muy buen viaje, muy buen viaje,  
buquecito de papel!

Y esta otra, que parece desprendida de los poemas de *La luna nueva*, de Tagore:

La ardilla corre,  
la ardilla vuela,  
la ardilla salta  
como locuela...  
Mamá, la ardilla,  
¿no va a la escuela?

Pero no solamente interesó a Nervo el problema de la educación infantil; estudió también prácticamente los métodos para la enseñanza de la lengua y la literatura en los colegios de instrucción secundaria de Inglaterra y Francia.

Escribió gran número de informes sobre esta materia para el Departamento de Instrucción Pública y Bellas Artes, de Méjico. Publicó un libro de *Lecturas mejicanas graduadas*, fruto de su estudio de las antologías francesas preparadas para uso en las escuelas.

En el campo de la instrucción secundaria, sus ideas son también las más avanzadas: hacer el estudio de la gramática sumamente práctico; disminuir el número de reglas, y que éstas se deriven de la experiencia; dar gran importancia al estudio de la lectura y a la composición oral y escrita; definir y precisar los planes de estudio para conseguir homogeneidad en la enseñanza.

Es partidario del método directo en el estudio de las lenguas vivas. Resume su opinión sobre este asunto

en el siguiente párrafo: «La elocución es el alma de la enseñanza de una lengua. El estudio de la representación gráfica de ésta y de sus leyes gramaticales, no debe iniciarse sino cuando el vocabulario ha adquirido un desarrollo suficiente, apoyándose sobre el vocabulario.»

Con relación al estudio de las literaturas clásicas expone una teoría bella y original. Los grandes autores clásicos deben leerse, según él, porque tranquilizan. La vida moderna está caracterizada por el mal de la inquietud. La lucha por la vida, el exceso de actividad, nos hacen perder el aplomo y no encontrar «nuestro centro». La lectura de las grandes obras clásicas es un sedativo eficaz en nuestra época, porque «al leer esas epopeyas, o esas anacreónticas, o esas odas; esos madrigales, esas elegías y epigramas, nos parece que paseamos, en la serenidad de una tarde de otoño, por una vía bordeada de pórticos, bajo la blancura de marmóreos arcos de triunfo».

Cuando las obras clásicas se conocen a través de una traducción excelente, comentadas por un maestro fervoroso, «no habrá mejor tónico para las almas de los alumnos, no habrá mejor equilibrio para sus facultades. Estas lecturas los vestirán de sosiego, serán en sus espíritus, activos o inquietos, como la suave y augusta quietud de un luminoso crepúsculo de septiembre».

Luego, en un artículo que titula «Del género trágico», vuelve de nuevo a este asunto. Impugnando las ideas del académico Valentín Gómez, acerca del lugar que corresponde a lo trágico en el arte moderno, ex-

presa su alta concepción de lo que debe ser la pedagogía en nuestro siglo:

«La serenidad: he aquí la pedagogía de las pedagogías, la ciencia de las ciencias, el arte de las artes, la joya de las joyas.

»Es fuerza que nos serenemos. El espíritu de la humanidad lleva la huella de un tormento teológico de siglos, y los grandes pedagogos modernos no tienden, en suma, más que a borrar esta huella, diafanizando el alma infantil.»

Pedagogía altamente idealista, digna de ser meditada por todos los maestros, especialmente por los que se dedican a la enseñanza de la literatura.

## VII

### AMADO NERVO Y EL AMOR

Nervo resume su caballeresco respeto a la mujer en este profundo homenaje: «Dios mismo ha encendido las estrellas de sus ojos irresistibles.» Detrás de sus miradas ve a la Divinidad, consagrándola arca de los destinos y colaboradora de sus planes misteriosos.

Esta devoción es la llave que le abre las puertas de la simpatía femenina. Las locas «cabecitas sin pensamiento» se detienen a escucharlo. Las mujeres inteligentes y cultas se deleitan en su conversación.

A los cuarenta y cinco años alcanzó aquel tipo perfecto del hombre maduro que describió tan admirablemente en una de sus páginas: «el hombre instruído, discreto, que ha visto muchas cosas, que se ha asomado a muchos corazones, que posee por ende inagotables recursos imaginativos, que ha adquirido el don de gentes, tan difícil y precioso, es un incomparable compañero de viaje: es aquél con quien una mujer (no vulgar) se fastidia menos».

Este don de gentes, curiosa prueba de su complejidad asombrosa, convierte al poeta místico en un corte-



sano exquisito, que sabe componer madrigales galantes y atraerse la atención de las damas más distinguidas en los salones aristocráticos.

¿Quién leyendo «El saludo mejor», de *Rimas irónicas y cortesanas*, puede adivinar tras su risueña trivialidad, al hombre meditativo «que tuvo el alma más profunda que los abismos del océano?»

Preside la Embajadora,  
la Duquesa va después,  
en seguida la Marquesa,  
la Condesa al fin se ve.

(Se dirigen a la mesa ornada de rosas-té.)

Y ella al último: mas tienen  
sus diez y ocho años sencillos  
aspecto de pajecillos  
que la cauda le sostienen.

—

El joven rey casadero,  
llega y la advierte primero:  
—¡Hola, Condesa! —¡Señor!  
—¡Adiós, Blanca! —Sol, ¿qué tal?  
—Pues ¿y vuestro Embajador  
Madama? —¿Cede ese mal, Duquesa?

Luego, el mejor  
saludo a ella: un temblor  
leve en la diestra real.

Alfonso Reyes, que ha analizado luminosamente la obra de Nervo, hace notar el erotismo que se desborda en las páginas de la primera época del poeta.

La sensualidad aguda que acompaña a los tempera-

mentos poéticos, y se acentúa en los místicos, es un hecho a que alude Francis Galton en su obra *Hereditary Genius*, mucho antes de que Nordau le estudiara en *Degeneración*.

Señala Galton el contraste que se observa entre las altas aspiraciones y la vida inmoral de muchos excelentes poetas, a quienes llama «una raza erótica y sensual».

El asunto interesó a Nervo en sus últimos años, y lo explicó en parte, con maravillosa intuición en este pasaje:

«Los hombres de excepción, los genios sobre todo, siempre han sido anormales con relación a su época. De aquí la tendencia de cierto científicismo obtuso a considerarlos degenerados, cuando son, en realidad, *progenerados*. De aquí la imbécil perturbación desdenosa de ciertos semisabios, que incapaces de juzgar la maravilla que tienen delante y de comprenderla, la atribuyen a enfermedad.»

William James, escribiendo sobre el mismo tema, dice que si existiera la inspiración venida de planos superiores, el temperamento neurótico ofrecería la principal condición de receptividad que esa inspiración requiere. Annie Besant concuerda con Nervo al resolver el problema desde un punto de vista teosófico.

Según ella, la inspiración trae consigo cierto desequilibrio, porque el cerebro normal no está aún suficientemente desarrollado para recibir las sutiles ondas que vienen de la superconsciencia. La mente del genio se mantiene en un estado de tensión que la inhabilita para

la vida ordinaria. Pero Annie Besant ve en el cerebro genial una promesa de perfección futura y lo coloca en la cima de la onda de evolución.

La conducta irregular que acompaña con frecuencia a estos temperamentos, la explica con una hipótesis original. Cuando una fuerza viene de planos superiores, se transmuta, según el vehículo en que se exprese. Parte de ella se mostrará en su esplendor prístino; mas si el cuerpo no está preparado para recibirla, las tendencias más fuertes del organismo se vitalizarán. Por eso, el iniciado cuida tanto de la pureza de su cuerpo y de su pensamiento. Porque sólo en la tranquilidad de los sentidos y el silencio de la mente, podemos mirar sin peligro la gloria del Yo.

El erotismo de Nervo domina en las obras *El Bachiller* y *Pascual Aguilera*, y en las «Lubricidades tristes» del libro *Poemas*. Tiene una bellísima expresión en «El prisma roto», por donde pasó, dejando un fuerte hábito de aromas, la idílica musa del Cantar de los Cantares.

La peregrina mujer que se llamó Ana Cecilia Dailliez convierte al hombre, para quien el amor era «afán avieso» en el amante sincero y noble. Y así, la sensualidad que señala también Lauxar en las primeras obras de Nervo, se atenúa desde este instante, no es más que reminiscencia lejana en «Serenidad», y a partir de «Elevación» y «Plenitud», el poeta, dueño ya de sí mismo, está bajo el completo dominio de su Yo superior.

Muerta en 1912 Ana Cecilia, su vida se hizo más contemplativa, más desligada de los engaños del mundo.

do. Publica *La amada inmóvil* como supremo homenaje a su muerta. Y, tres años más tarde, escribe los maravillosos versos de amor que se han publicado en el libro póstumo *El arquero divino*.

Ante la torre altanera de una mujer esquiva, levanta su tienda, dispuesto a morir antes de retirar su oriflama. Son versos serenos, sabios, diamantinos; versos de hombre maduro que se ha asomado tenazmente a los libros y a la vida. En el fondo de estas composiciones se adivina el sedimento de erudición que veía Rodó en las obras de los artistas que son a un tiempo sabios, y que asoma a través de ellas sin pedantería, bañándolas de gracia y de luz.

Creo que la composición «Al oído» da la nota fundamental de este conjunto de poemas.

## AL OIDO

Con voz tenue, velada  
por emoción muy honda, bajo la luz discreta  
de la lámpara, así decía aquel poeta  
viril, a una Mimosa púdica, su adorada:  
«No te impongan los rasgos altivos de mi cara,  
no temas la energía de mi mirar, que doma  
espíritus hostiles con su fijeza clara:  
Yo tengo perfil de águila... y entrañas de paloma!  
Mi garra duerme oculta bajo plumón mullido,  
y sólo estrangulando víboras se contrae;  
mi boca nunca dice: yo quiero; dice: ¡pido!  
Mi voluntad es fuerte; mas con dulzor, atrae.  
Mi voz conoce todos los registros del clave;  
mi beso es docto y no aja ni un pétalo de rosa.  
Mi instinto, en los problemas de amor, todo lo sabe,  
con una ciencia arcana, profunda y misteriosa.

No mires si en mis sienes hay escarcha octubreña,  
nuestras almas sin años hablan el mismo idioma:  
¡Junta tu cara nívea con mi cara trigueña,  
reclínate en mi hombro, sin miedo; duermes... sueña!  
¡Yo tengo perfil de águila y entrañas de paloma!

El hombre que duda, espera, enamora, se ha expresado con subyugador encanto en «Creación», «El día que me quieras», «El amor nuevo», «Destino».

A veces, su angustia es tan honda, tan intensa su nostalgia, que nos parece que es a la novia suprema, la Muerte, a quien está esperando:

En ti sólo pensando,  
con los ojos despiertos  
y los brazos abiertos,  
yo te estoy esperando...  
.....

Ya tu paso apresura,  
que la tarde fenece,  
y la noche parece  
que será muy oscura.

Si en las landas tranquilas  
encontrases reparos,  
que te sirvan de faros  
mis ardientes pupilas...

Mis dos ojos que, oteando  
los parajes desiertos,  
velan... ¡Ay!, ¡desde cuándo!...  
¡Mis dos ojos abiertos,  
que te están esperando!...

Era la etapa en que el poeta hundía su espíritu en serenidad melodiosa, serenidad conquistada, según el bello decir de su compatriota Enrique González Martínez, en las fragosas sierras de la inquietud.

## VIII

### EL POETA ASTRÓNOMO

El profesor Edward Fitz-Gerald, estudiando a Omar Khayam, lo llama el poeta astrónomo de Persia. Con mucha más propiedad puede darse a Amado Nervo el título de poeta astrónomo de América. Porque si es cierto que Omar estudió con predilección la Astronomía, colaborando en la reforma del calendario persa y componiendo unas interesantes tablas astronómicas, sus especulaciones en esta ciencia no hicieron más que afirmar su amable—en el fondo muy amargo—escepticismo, que lo convirtió en el cantor de los efímeros placeres mundanos.

El efecto que en ambos poetas produjo la contemplación sideral es marcadamente contrario. En una de sus estrofas, Omar nos dice cómo, atravesando el Séptimo Portal, se sentó en el trono de Saturno. Desató muchos nudos para llegar a esa cima; pero no el Nudo Maestro del destino humano. Allí estaba la Puerta, que no pudo abrir con ninguna llave, y allí vió también el Velo impenetrable.

De ese viaje desolador, el poeta vuelve cantando:

«La rosa que una vez ha florecido, muere para siempre. ¡Embriágate! Porque no sabes de dónde viniste y por qué. ¡Embriágate!, ya que no sabes por qué caminas y hacia dónde.»

Se refiere, en la estrofa citada, al dios mitológico Saturno, no al planeta del mismo nombre. Pero ello es bastante para adivinar el sedimento de amargura que los estudios especulativos dejaron en aquella alma hermana de Epicuro y de Lucrecio.

Amado Nervo mira los fenómenos celestes con ojos de místico y de sabio. Estudiándolos, se aproxima al éxtasis. Contemplándolos, ungió su espíritu de serenidad.

Ya en *Perlas negras* tiene un bello elogio de la noche, donde el cometa bohemio, la luna y las Pléyades le ofrecen imágenes para su canto. A través de su vida esta afición fué creciendo hasta llenar muchas de sus páginas en prosa y embellecer con un temblor de infinito algunas de sus mejores poesías.

Los astrónomos me han parecido siempre sublimes poetas que riman estrofas inefables en sus cálculos asombrosos. Su pasión por los misterios siderales, los eleva hasta escuchar, acaso, la música de las esferas. El doctor Mario Roso de Luna explica la clave de esta atracción de los astros en su bellissimo trabajo «Música pitagórica».

«Cuando se mira atentamente el raudo deslizarse de la faja musical de la pianola, lo que era antaño patrimonio del sentido auditivo y de la nota, pasa al sentido



sual y a la geometría, y tamaño trastrueque encierra, acaso, la clave de un misterio cósmico...

»La «Quinta sinfonía», que es cabalística, presenta series de triángulos concéntricos, proyecciones de otros tantos tetraedros; exágónos que son proyecciones de otros tantos cubos, líneas paralelas, líneas concurrentes y divergentes y, en suma, toda una geometría musical.

»Miro al cielo, ¡viejo y siempre nuevo cinematógrafo! una vez de hacer un Atlas de estrellas zodiacales, las anoté, de acuerdo con su posición y brillo, y... a la mano con ellas, para oír también la música de las esferas, en la que las Pléyades, Casiopea, las Osas Mayor y Menor y el Pegaso, tienen, gracias a su analogía de figura, un mismo musical motivo.»

Roso de Luna sugiere en estos párrafos por qué los enamorados se enamoran de los astros; por qué Amado Nervo pasó tantas horas atisbando el cielo desde sus balcones, tras la pupila de su antejo astronómico. Y así como Dryden, en su oda a Santa Cecilia, llegó a decir que

Sólo las claves, sólo las pautas y las notas  
Revelarán al mundo las bellezas ignotas.  
El músico oyó a los orbes su concierto ideal,  
Beethoven, a veces, lo escuchó en el mutismo nocturno.  
Todo es música: los astros, el abismo,  
Y las almas... ¡Y Dios mismo es un Dios Musical!

En *Serenidad* habla de la geometría de las constelaciones, y piensa que, al morir, sus dos ojos quizá se



transformen en destellos que vayan a fundirse con Aldebarán, Sirio, Capella, Arturo o Vega de la Lira. Ha seguido la ruta que conduce a las estrellas para tener la visión del «vértice omniradiante, de donde todo dimana».

Antes de esto, había visitado el espacio en una ascensión fantástica, que describe en su libro *En voz baja*. Contempló el bogar de gigantes estrellas, de soles verdes, blancos y rojos; vió pasar soles extintos, aprendió el raro canto, que promete expresar en un raro libro.

Su afición astronómica revela también al teósofo. Cree en la pluralidad de los mundos habitados; ve en todos los planetas escenarios donde vivieron en el pasado, viven en el presente o irán a habitar en el porvenir, las humanidades, según el perfecto plan de la evolución.

Su poesía «Música» habla de filósofos que en remotos mundos discuten las cosas arcanas y esenciales. Cada lucero le dice al brillar: «¡Aquí se piensa, aquí se lucha, aquí se ama!»

«El estanque de los lotos» tiene esta interrogación plena de avidez de ciencia:

¿Qué nos enseñaréis, humanidades,  
de otros orbes, que giran  
en la divina noche silenciosa  
y que acaso hace siglos que nos miran?

Y en *Mis filosofías* observa, refiriéndose a los pájaros: «Tienen el privilegio del vuelo; ese privilegio

ue, acaso en otros planetas, pertenece a las especies superiores.»

Al morir la Amada, que durante diez años encantó su vida, busca en sus filosofías predilectas aguas espirituales que adormezcan su dolor: Platón, Plotino, Pitágoras, Epicteto, Marco Aurelio. Otro gran calmante lo serena: desde los balcones de su hogar, en Madrid, continúa, en las noches diáfanas, estudiando las constelaciones.

Después de esos viajes, se concentra en sí mismo; su pupila interior se abre para ver las verdades eternas. Es el hombre que confiesa poseer ya una vida interna tan honda, que, dondequiera, está bien.

Dejando en paz su anteojo, olvida sus viejos amigos celestes, para ver en su hondura interior, luces más puras, enigmas aún más profundos:

Ya no me importa del planeta  
la claridad prestada y quieta;  
ya no contemplo al taciturno  
y melancólico Saturno,  
con sus anillos y el cortejo  
de diez satélites, errar  
por la extensión, como un dios triste  
bajo la pompa que lo viste...  
Ya no me encanta el oro viejo  
de nuestra luna familiar.

.....  
En el silencio de mi pieza,  
en tantas noches de tristeza,  
en que la copa del vivir  
hay que apurar hasta las heces,  
¡oh, cuántas veces, cuántas veces  
cerré los ojos sin dormir!

Y vi, sin ver, luces tan puras,  
tanto fulgor, arquitecturas  
de una tan vasta concepción,  
enigma tal, tales honduras,  
que ya no miro las alturas  
y está cerrado mi balcón.

Última ofrenda a sus lejanas novias las estrellas, fue la sección del libro *Los balcones*, que intituló «Mirando al cielo». Contiene un hermoso «Elogio de la noche» y estudios sobre Marte, Neptuno y las estrellas fugaces.

¡Así escuchaba la música de las esferas aquel espíritu que pasó por la tierra siempre ávido de espacio y de luz!

## IX

### AFICIÓN CIENTÍFICA

El hechizo que ejerció en Nervo lo misterioso, su curiosidad ávida y el goce que producía en su espíritu, que confirmaba su fe en la inmortalidad, mantuvieron siempre en él un vivo entusiasmo, no sólo por la psicología y la astronomía, sino por todos los nuevos progresos de la ciencia.

Esta afición, censurada por algunos de sus críticos cuando se traduce en versos, que las más veces no son poéticos, le ha inspirado, no obstante, algunas de sus más encantadoras páginas en prosa.

Una de las poesías de *Serenidad*, se titula «Ultra-violeta». En el mismo libro hay unas estrofas donde alude a las células, los protozoarios, y la fuerza creadora:

Células, protozoarios, microbios... Más allá  
de vosotros, ¿hay algo?

Pronto nos lo dirá  
el microscopio, intruso, pertinaz y paciente.  
Mas tal vez la materia se empequeñecerá  
tanto bajo su lente,

que un día, como espectro, se desvanecerá  
ante el ojo del sabio, quedando solamente  
la Fuerza creadora, cuyo oleaje va  
y viene omnipotente  
y fuera de la cual nada es ni será...

Esto, más que poesía, parece anotación hecha al margen de lecturas científicas, que, el hábito de versificar expresó inconscientemente en verso.

El bello fruto de su anhelo de saber, lo encontramos en sus ensayos en prosa. Muchos de ellos, como «La serpiente que se muerde la cola», son ampliaciones de ideas expresadas antes en verso. Otros, como «Los sabios y el misterio de la vida», nos sorprenden por su profundidad. En este último empieza hablándonos de los esfuerzos de los sabios por conquistar la energía intra-atómica, y termina con una apología de lo Desconocido:

«¿Por qué el grano se transforma en árbol lleno de verdura? ¿Por qué una oruga se transforma en mariposa? ¿De qué manera las células clorofilianas absorben las radiaciones solares y transforman el ácido carbónico en carbono con el cual las plantas fabrican el almidón y el azúcar que han de menester? No es posible responder a ninguna de esas preguntas.» Es ésta una cita de Le Bon, a la que el poeta ha puesto el siguiente comentario:

«Pero, sin esta interrogación deliciosamente torturadora, ¿valdría la pena vivir? ¿Tendría alguna nobleza la existencia? ¿Habría poetas, y artistas, y filósofos? ¿Temblaría el amor en las miradas de los jóvenes?

Bendito seas, oh Desconocido, que nos escondes tantas cosas!

Oh, Isis, tu velo embellece la vida, que sin él no habría más que bostezo inmenso en la desolación helada y vacío!»

Otros ensayos comienzan informándonos acerca de un invento o descubrimiento notable, y de pronto nos hacen sonreír con una divagación humorística. Tal ocurre en «Un descubrimiento del doctor Carrel» y «La minería aventura».

En «Eugenesia», para mí el más bello de todos, el humorismo se torna gradualmente en seria disertación filosófica para terminar citando uno de los más emotivos pasajes de *El Pájaro azul*, de Maeterlinck, y los bellos versos del autor de *Trofeos*.

Las exageradas medidas eugénicas tomadas por el Estado de Wisconsin, le hacen recordar la deformidad o debilidad física de gran número de hombres geniales: Sócrates, Epicteto, Ruiz de Alarcón, Pascal y Rousseau. Habla de la profecía del doctor Waugham, que augura en el superhombre futuro una limitada fuerza muscular y una enorme fuerza nerviosa.

Encuentra más sabia que las exageraciones de ciertos eugenistas, la ley de los contrarios de Schopenhauer «con la que se corrigen en el mundo todos los errores y las desviaciones», y de ahí nos lleva al misterioso «Zohar», que nos habla de la dualidad del alma humana antes de venir al mundo; de su separación en dos mitades al descender a la tierra, para animar diferentes cuerpos, y de cómo los puros y piadosos se en-

contrarán cuando llegue el tiempo del matrimonio para gozar de una unión inefable.

A esto, Nervo da el nombre de eugenesia mística. Para concluir, copia íntegras las páginas de *El pájaro azul*, donde el Tiempo, al escoger las almas que van a nacer, separa el espíritu a quien llaman El Enamorado de su alma gemela; ambos luchan por seguir unidos y cuando el tiempo arrastra al niño hacia la tierra, compañera le da este signo infalible:

Estaré triste toda la vida...  
¡Tú me reconocerás!

Aquí el poeta advierte que su eugenesia se ha traducido en poesía.

He resumido todas las ideas de este ensayo, por lo que ilustra la manera habitual de las divagaciones científicas de Nervo, su inmensa cultura y el incomparable vuelo de su pensamiento cuando se elevaba en pos de lo maravilloso.

## X

### AMADO NERVO Y ESPAÑA

Todos los críticos de Nervo señalan a Francia y su literatura como uno de los factores más importantes en el desenvolvimiento de su personalidad. Es este el punto estudiado con más precisión en casi todas las críticas que he leído. Después de lo que han dicho acerca de él González de Mendoza, Alfonso Reyes, Rubén Darío, Díez Canedo, Calixto Oyuela y cuantos han tratado de interpretar al poeta, casi nada podrá añadirse.

Sabemos que la naturalidad y gracia del estilo que nos cautiva son de origen francés; sabemos que Mallarmé, Verlaine, Moreas, Verhaeren, Huysmans, Rodembach, Maeterlinck, ayudaron al poeta a descubrir su verdadero *yo* artístico, y sabemos, por último, que París, para él la «divina ciudad de albas azules» y «la manzana del paraíso», lo subyugó toda la vida, y que este amor se convirtió en devoción casi religiosa cuando Francia le dio a la mujer, amada sobre todo amor, porque era llena de gracia, como el Avemaría».

Pero apenas se ha aludido a otra gran devoción que alentó junto a ésta en el alma de Nervo: su amor a España.



España le dió, según dice la poesía «Por qué vine a Castilla», sus glorias, sus tradiciones, y el más precioso don que el poeta llevó en su alma: la esencia de poesía.

Oídle:

Por estas viejas historias  
y en pos de tus santas glorias,  
de tus áureas tradiciones,  
vine, madre, a tu regazo,  
trayendo versos, que es lazo  
que ata bien los corazones.

---

En mi alma sólo tenía  
esencia de poesía  
que fué tuya, pues en ti,  
con un ímpetu filial,  
la redoma de cristal  
de mis ensueños vertí.

---

Desde entonces, madre, están  
más juntos tu afán, mi afán  
de alteza, nuestros anhelos  
comunes, y mi Morelos  
y tu trágico Guzmán.

---

Desde entonces, sin rival  
se yerguen, en pabellón  
de un gran iris fraternal,  
tu castillo y mi nopal  
y mi águila y tu león.

---

E igual pesan en el fiel,  
que tanto amor mide y suma,  
tu broquel y mi broquel,  
la mitra de Moctezuma  
y las joyas de Isabel.

Con delectación amorosa estudió los clásicos españoles. Cervantes, a quien dedicó varios artículos, es para el autor de «la mejor novela del mundo, la epopeya del ideal siempre derrotado y siempre vencedor»; y en la novelita *Un sueño*, que se desarrolla en Toledo, escribió para el autor del *Quijote* su más cálido homenaje:

«¡Cuántas veces, entre aquella turba de valientes y bravoneles, desencantado, triste, enfermo, pasearía también con su manquedad y su genio, don Miguel de Cervantes Saavedra, hidalgo, soldado, escritor de entremeses, alcabalero, comisionista, miserable, hambriento... y semidiós!»

Los místicos españoles—Teresa y Fr. Luis especialmente—contribuyeron a dar el matiz grave que circula a través de toda la obra del poeta; gravedad que enumerara Díez Canedo entre los dones que España dió a su hijo, pero que en el bardo mejicano alcanza más intensidad y elevación.

No llegó a publicar libros sobre España, como Rubén; pero sabemos que proyectaba uno, porque entre sus papeles, reunidos en un sobre que decía «España, para un libro», se encontraron muchas poesías de asunto español, ya publicadas en diferentes obras, y algunas composiciones sobre el mismo tema que aún no había insertado en ningún libro.

Desde su iniciación en la diplomacia, en 1905, hasta el 1918, en que fué nombrado para representar a su gobierno en Argentina y Uruguay, Nervo vivió en Madrid como secretario de la Legación mejicana.

Asomado a los balcones de su vivienda, frente al Palacio Real, miraba hacia afuera para contemplar el paso del joven Monarca, de una Infanta, de una Emperatriz, el desfile de los soldados y el paisaje, que supo describir con serena melancolía. Desde allí volvía los ojos a los astros y los cerraba para mirar hacia adentro. Estas cosas, bellamente expresadas, forman el libro *Los balcones*.

Algunas veces bajaba de esa altura para mezclarse en las tertulias de los intelectuales más notables; pero entonces, como ha observado uno de ellos, era siempre un pasajero, que cautivaba con su ingeniosa conversación, y se alejaba pronto a su retiro de solitario. Galdós, Unamuno, Benavente, lo admiraron y distinguieron con su amistad. Y el Rey, por quien sintió una honda simpatía, gustaba de oírle recitar sus versos para él solo, «en voz baja».

Amaba el ideal de unión hispánica, que fué el bello sueño de Rodó, y que han cantado los más excelsos poetas de la América española. En el hermoso «Epitalamio» escrito para celebrar las bodas de Alfonso XIII, sintetiza ese ideal en unas estrofas admirables:

Señor, Rey de una tierra de clásica hidalguía  
en donde, en otros tiempos, el sol no se ponía;  
Rey de esta madre Patria que tiene como hijos  
innumerables pueblos, los cuales tienen fijos  
hoy en ella sus ojos oscuros, con amor;  
descendiente de claros monarcas, ¡oh, Señor!,  
en vos miramos todos los hijos de la Grey  
hispana, al joven símbolo de la raza. Sois Rey  
aún, en cierto modo, de América, como antes;

Rey, mientras que el idioma divino de Cervantes  
melifique los labios y cante en las canciones  
de diez y ocho Repúblicas y cincuenta millones  
de seres; mientras rija las almas y la mano  
el ideal austero del honor castellano.

Rey, mientras que las vírgenes de esa América mía  
lleven en sus miradas el sol de Andalucía;  
Rey, mientras que una boca, con celeste reclamo,  
pronuncie en nuestra lengua sin par un «Yo te amo»;  
Rey, mientras de unos ojos o de unos labios brote  
ya el llanto, ya la risa, leyendo a *Don Quijote*;  
Rey, mientras que no olviden al palpar, las olas  
el ritmo que mecía a las naos españolas;  
Rey, mientras haya un héroe que oponga el firme pecho  
como un baluarte para defender el derecho;  
Rey, como cuando el manto de torres y leones  
cobijaba dos mundos como dos corazones;  
Rey, en fin, en las vastas mitades del planeta,  
mientras haya un hidalgo, y un santo, y un poeta.

Doce años más tarde, de paso en Nueva York, Nervo  
fué ovacionado al recitar, en la Universidad de Colum-  
bia, su poema «Águilas y leones». En él ratifica los  
sentimientos del «Epitalamio». A ellos añade un llama-  
miento optimista hacia la paz y la esperanza:

¡Oh España, que nos diste tu altivo león rugiente:  
gracias! Seremos dignos de su pujanza heroica,  
y en premio del regalo y a cambio del presente,  
ofrendamos el vuelo del águila potente,  
en el combate, brava, y en el dolor, estoica.  
Los numerosos pueblos hermanos que en ti fijos  
tienen los grandes ojos, negros y soñadores,  
y que, como nosotros, se ufanan de ser hijos  
de cepa tan gloriosa, te ofrecen sus condores,

te brindan sus estrellas, sus manos enlazadas,  
sus vivos gorros frigos, sus cerros humeantes,  
y todos erigimos nuestras cimas nevadas  
como torres gigantes,  
para que a ellas asciendan las águilas osadas  
o rujan en sus crestas los leones rampantes.

¡Oh, madre; madre augusta de las veinte naciones:  
rimemos los latidos de nuestros corazones;  
y, unidos para siempre nuestros veintiún pendones,  
marchemos por caminos de paz y bienandanza!

¡Somos de raza de águilas y raza de leones!  
Tengamos esperanza.

## XI

### DULCE FRAY LUIS...

Como un eco de *La vida retirada*, la poesía «Remanso», de Amado Nervo, nos recuerda la diáfana sencillez de Fray Luis de León:

¡Oh! ¡Cuán bueno es pasar inadvertido,  
dulce Fray Luis! Que no diga ninguno:

«Ahí va el eminente, el distinguido...»

¡Qué suave regazo el del olvido!

¡Qué silencio mullido!

¡Qué remanso de paz tan oportuno!

Simplemente, al arrimo

de la naturaleza, madre santa,

hacer la obra, dar el fruto opimo,

como brinda su néctar al racimo,

la fuente brota y el pardillo canta.

Dulce Fray Luis... ¿por qué no hermano? Hermanos llamó el poeta a Rodembach y a D'Halmar. Sin embargo, ningún otro espíritu se le parece tanto como Fray Luis. En la poesía «Transmigración», hablando de sus múltiples vidas, Nervo nos dice que en la última fué un prior esquivo, y explica así sus piadosos resabios y sus

nostalgias de fe. Si esto fuera una verdad, podríamos soñar que ese religioso no fué un «prior esquivo», sino el fraile catedrático que se llamó Fray Luis de León.

José M. Salaverría describe así al autor de *Los nombres de Cristo*: «Alma curiosa, ávida de saber y conocer, y, como ninguna, sedienta de las exploraciones intelectuales.» ¿No parece esto referirse con toda exactitud a Amado Nervo?

Y añade Salaverría: «Su verso suave, empapado de beatitud, no se contenta con hallar a Dios y anegarse en su hermosura; no pide la muerte para descansar; la pide como un estímulo de la actividad: desea penetrar en Dios para *conocer*.»

En esta esperanza de conocer después de la muerte todos los misterios del universo, concuerdan ambos místicos. Y, así, cuando Fray Luis canta:

¿Cuándo será que pueda  
libre de esta prisión volar al cielo,  
Felipe, y en la rueda  
que huye más del suelo  
contemplar la verdad pura, sin duelo?

Nervo repite el mismo pensamiento:

«Soy un viejo» significa: «Ya está cercana la hora de cosechar»; significa: «La liberación te aguarda, y con ella el ancho espacio, la Verdad consoladora, cuya cita esperaré ansioso murmurando: ¡lo que tarda!»

Fray Luis es, como Nervo, el poeta astrónomo de su época. En su sublime «Noche serena» nos revela su afición astronómica al describir el cielo «de innumerables

s poblado» y detenerse en contemplar el «sanguinario» Marte, el «benigno» Júpiter, la Estrella del amor, maravilloso Saturno.

Ambos atribuyen a esta contemplación el poder de dominar el espíritu. Fray Luis ha expresado la idea en el suave capítulo de *Los nombres de Cristo*, en el que explica a sus amigos por qué se ha llamado a Jesús Príncipe de la Paz:

«Porque si estamos atentos a lo secreto que en nosotros pasa, veremos que este concierto y orden de las estrellas, mirándolo, pone en nuestras almas sosiego, y vemos que con sólo tener los ojos enclavados en él y atención, sin sentir en qué manera, los deseos nuestros y las aficiones turbadas que confusamente hacían ruido en nuestros pechos de día, se van quietando poco a poco, y como adormeciéndose, se reposan tomando cada una su asiento y reduciéndose a su lugar propio, se ponen sin sentir en sujeción y concierto.»

Nervo nos dice lo mismo en su ensayo *La paz que baja de las estrellas*.

«Las estrellas son las compañeras de las almas que tienen sed de luz y hambre de amor; y por eso, cuando las contemplamos, se desvanecen como por encanto y tras pequeñas angustias de una hora, y por eso la divina paz desciende hacia el corazón del hombre en las noches límpidas: ¡la paz que baja de las estrellas!»

Varios críticos—Nicolás Heredia entre ellos—hacen notar que en Fray Luis no se observa el desequilibrio



que caracteriza a los místicos, y ven en él mejor un contemplativo, cuya serenidad se turba a veces por la quietud de saber.

Por eso justamente es su misticismo de calidad excelsa. Como el Nervo de *Plenitud y Elevación* se esfuerza por alcanzar el completo dominio de sí mismo y buscar éxtasis por el difícil sendero de la sabiduría.

## XII

### LA DEVOCIÓN MAETERLINIANA

describiendo el hallazgo de un maravilloso fruto mágico, que trajo al Príncipe Alberto de Mónaco, después de una de sus excursiones, el yate «Princesa Alicia», escribe Amado Nervo: «El sólo digno de poseerlo sería más un poeta. ¿Maeterlinck o D'Annunzio? ¡Uno más allá de que ellos todavía.»

Esta es una de las primeras veces que alude a Maeterlinck en sus escritos. La cita es del artículo «El hallazgo», inserto en el libro *Ellos*, que se publicó en el 1902. En el mismo libro menciona de nuevo a Maeterlinck, a propósito de su aserto sobre la alegría de los niños. Según su costumbre de recoger en libros artículos ya publicados en revistas, es muy probable que antes de que acabo de referirme se escribieran muchos artículos de la publicación de *Ellos*.

En embargo, es seguro que la admiración por Maeterlinck data desde la primera época de la vida literaria de Nervo, porque ya en *El éxodo y las flores del desierto*, publicado en 1902, lo menciona como uno de los grandes instrumentadores modernos del verso.

Luego, al avanzar en la vida, le interesaron más el místico y el filósofo que el poeta. El Mago «cuya sagacidad ha ahondado tan profundamente en el corazón del enigma», apologista del silencio, comentador de la sabiduría y del destino; el que nos ha dicho tan peregrinas cosas de las flores y las abejas, y se ha asomado audazmente a la subconsciencia en tantas páginas admirables, entre los autores contemporáneos, quien más afinidades tiene con Nervo.

El lector de Maeterlinck encontrará muchas reminiscencias maeterlinianas en las páginas de *Plenitud*. Algunas de ellas, como «La llave», «El signo», «Aquí estoy», «Incomprensión», sugieren inmediatamente pasajes de *El templo sepultado* y *La sabiduría y el destino*.

Del libro *La muerte*, que el poeta juzgó admirable, ha hecho citas en los ensayos «Tello Téllez Opina sobre la muerte», «El optimismo», «Euthanasia», «Un brújula», y de *La muerte* ha entresacado también algunos de los pensamientos que preceden a las poesías de *La amada inmóvil*.

Maeterlinck le reveló a Novalis, a quien llamó luego «el divino»; cantor como él de un amor ensombrecido por la muerte, y como él hechizado por el misterio. Pero Novalis no ejerció tan gran influencia en Nervo como Maeterlinck.

Hablando de los ruidosos triunfos de D'Annunzio, observa el poeta que el autor de *La nave* gustará siempre más a la mayoría de los lectores que el hondo Maeterlinck. Y añade, refiriéndose a D'Annunzio: «De s

o que no sabes ni que existo; pero créemelo, cuando encontremos en la cuarta dimensión, verás que mi sombra y mi silencio valían más que tus pífanos y tus balos ensordecedores.»

Maeterlinck quizás no supo del fervor con que lo adoraba Amado. Mas si esa cuarta dimensión existe, al encontrarse en ella ambos poetas vibrarán con una simpatía mutua. Y en esa simpatía quedará un sello de eternidad.



## XIII

### EL MÍSTICO

La segunda edición de *Perlas negras* (1904) inclu-  
además, la colección de poesías intitoladas «Místi-  
y el poema «Las voces». Tres años antes se había  
cado *Poemas*, en donde aparece la más bella ins-  
ción de Nervo: «Hermana Agua».

he podido encontrar la fecha exacta en que el poe-  
mpuso «Místicas», mas por su tono y espíritu pa-  
haber sido escritas antes que «Hermana Agua» y  
voces».

desenvolvimiento de la personalidad de Amado  
o es uno de los más bellos ejemplos que la historia  
ria puede darnos de progreso ascendente en lo in-  
tual y espiritual. Así pudo decir de sí mismo en su

o:

Ya te acercas al final;  
tu lección está aprendida  
y tu gema fué pulida,  
y dió rosas tu rosal.  
Una esfera de cristal  
es, por su unidad, tu vida.

Esta gradual ascensión puede seguirse claramente la evolución de su misticismo. La desorientación amargura de *Perlas negras* se iluminan a ratos por gérmenes que iban a dar más tarde su cosecha mística: melancolía, despego de lo mundano, anhelo de perfección.

Es la huella que dejó en su espíritu la filosofía kepleana.

Las poesías de «Místicas», mejor que místicas son reminiscencias que en la mente y el vocabulario del poeta dejó la vida del seminarista. En ellas habla de breviarios, abadías, misales, dedica un poema a «Rocío», y titula otros «Réquiem», «Introito», «Antífona», «Anathema sit». Sus ojos, llenos de visiones litúrgicas, no han aprendido aún a mirar hacia adentro. Suele comparar a los poetas místicos «entre leves inciensos, bajo naves serenas».

Aun va sin tino entre la sombra, la fe de sus mayores ya no lo alumbra con su fulgor apacible, y su espíritu está triste hasta la muerte.

Mas la última poesía del libro marca, de manera hermosa, la transición hacia la luz. Se titula «El Alma y Cristo».

#### EL ALMA

Señor: ¿por qué si el mal y el bien adunas,  
para mí sólo hay penas turbadoras?  
La noche es negra, pero tiene lunas;  
¡el polo es triste, pero tiene auroras!

El látigo fustiga, pero alienta;  
el incendio destruye, pero arde,  
¡y la nube que fragua la tormenta  
se tiñe de arrebales en la tarde!

## CRISTO

¡Insensato! Y yo estoy en tus dolores,  
soy tu mismo pensar, tu mismo duelo,  
mi faz en tus angustias resplandece...

*Se pueblan los espacios de fulgores y desgarras sus ve-  
l el abismo.*

EL ALMA, *embelesada.*

—¡Luz!...

## CRISTO

—Yo enciendo las albas.

En medio de la última página del libro, el poeta escribió una sola palabra: «¡Amanece!» Esta insinuación de aurora es la entrada en el sendero luminoso. Si no desviaciones después de este momento, fueron temporales. El iluminado sabía ya el camino seguro.

Un paso más y había alcanzado hondura y perfección al alumbrarnos con el más excelso de sus poemas: «*ermana Agua*». San Francisco de Asís le dió la llave de su ingenuo panteísmo, y la idea e intención de las sucesivas estrofas las explica el poeta con palabras de cristalina sencillez:

El alma del Agua me ha hablado en la sombra, el alma santa del Agua, y yo la he oído con recogimiento mayor. Lo que me ha dicho está escrito en páginas que pueden compendiarse así: ser dócil, ser cristalino; ser la ley de los profetas; y tales páginas han formado un poema.

No sé que quien lo lea sentirá el suave placer que yo



he sentido al escucharlo de los labios de Sor Agua, éste será mi galardón en la prueba, hasta que mis huesos se regocijen en la gracia de Dios.»

Contemporáneo de «Hermana Agua» es el poema «Las voces», la primera manifestación importante de la influencia que la filosofía oriental y la sombra lejana de Buda tuvieron en el alma y en la obra de nuestro místico. Hablan en el poema las voces de la fuente, la estrella, los pájaros, las flores, el viento, el remanso, las malezas, un ángel... Las ideas budistas acerca de la evolución y de la perfección, basada en la ausencia de deseos, asoman ya en algunas de estas estrofas.

Una voz dice:

Las flores y las faunas, después de un ciclo lento de aspiración informe, sentimos con profundos pasmos, en nuestra oscura conciencia en movimiento, brotar como un retoño de luz el pensamiento y unir sus vibraciones al ritmo de los mundos.

Y las flores:

Las flores realizamos en la vida sañuda un intento divino, por misterioso modo: no anhelar nunca nada, mas soportarlo todo, absorberse en sí mismo con voluntaria y muda inconsciencia... Este es el ensueño de Buda.

La influencia de la filosofía oriental en el misticismo del poeta, venida a él a través de lecturas teosóficas, ha sido estudiada muy a la ligera por los críticos. Calixto Oyuela, en su, por lo demás, luminosa conferencia

leída ante la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, dice acerca de este punto:

«Cierto es que en el misticismo del poeta ha tenido también influencia la filosofía de los libros orientales, cuya lectura se encuentran en sus versos no pocas reminiscencias; pero esa afición suya, común con la de otros escritores de su época, obedece sólo a ciertas analogías de doctrina, y en nada adultera ni menoscaba la integridad de su creencia cristiana, fundada esencialmente en el amor. Es curioso a este respecto ver cómo a veces su fe propia se abre paso triunfal a través de las reminiscencias budistas.»

Y el notable hispanista norteamericano Alfred Coester, en su estudio sobre Nervo, observa:

«His mind sways between a Christian and a pantheistic, even Budhistic, interpretation of existence to the end thereof. The Christian inspiration, for example, of the beautiful nature poem «Hermana Agua» written in 1901, disappears little by little until his last volume *El estanque de los lotos* is so Budhistic in tone, that his friends worried for the salvation of his soul.»

Ambos críticos concuerdan al señalar el hecho de que el espíritu del poeta oscila entre la interpretación cristiana y la budista de los fines de la existencia. Al referirse al espíritu cristiano que domina hasta el fin en la obra de Nervo, están en franca contradicción. Oyuela señala la «fe propia» del poeta abriéndose paso a través de las reminiscencias budistas; Coester ve la inspiración cristiana desaparecer gradualmente, hasta el triunfo completo del budismo en *El estanque de los lotos*.

Pero el mismo Nervo dilucida esta cuestión en el ensayo que tituló *Una brújula*:

«Todos saben mi simpatía por el vedantismo (simpatía que está muy lejos de la convicción; que es motivo literario de muchas de mis producciones, y que procura mantenerse equidistante de un panteísmo espiritualista exaltado y de un dualismo). Pero comprendo que hay en estas ideas, *de seguro admirables*, por una parte tan sutil metafísica, que parece, por lo afilada y fría cloruro de etilo, y, por otra, una tan gruesa madeja de ocultismos y magias inferiores (caras a los espíritus mediocres), que no induciría yo a mis amigos a embarcarse en el barco de bambú por el Ganges sagrado...

»Pienso, con Maeterlinck, con respecto a la reencarnación, por ejemplo, «cuánto es de lamentar que los argumentos de los teósofos y de los neoespíritas no sean perentorios, porque nunca ha habido una creencia más bella, más justa, más pura, más moral, más fecunda, más consoladora y hasta cierto punto más verosímil que la suya».

»Pienso con el mismo autor, «que sólo con sus doctrinas de las expiaciones y de las purificaciones, se justifican todas las desigualdades físicas e intelectuales, todas las iniquidades sociales, todas las abominables injusticias del destino».

»Pero juzgo, al propio tiempo, que hay un gran peligro para las almas jóvenes en no digerir estas teorías (a veces demasiado bellas y profundas), y en sufrir en pleno desarrollo el desgano de toda acción.

»Acaso el vedantismo (sin Kábalas ni curaciones de

inscrito) es un dulce manjar para los hombres modernos, que ya empiezan a columbrar desde su barco la playa de la muerte...»

Confiesa, pues, Nervo, que su simpatía por el ventismo está lejos de la convicción; pero afirma que esas teorías son bellas y profundas, y, especialmente, la de ellas, la teoría de la reencarnación, es para él la más pura y verosímil de las creencias; la más consoladora y la que justifica las aparentes injusticias del destino.

Insinúa también el peligro de estos estudios en aquellos que no están preparados para abarcar su profundidad sublime, quienes pueden enredarse en los bajos cultismos, que tan lejos están de la prístina doctrina del Buda.

No obstante, él se embarcó «en el barco de bambú, por el Ganges sagrado», y, porque llevaba en el alma un timonel divino», venció todos los peligros, y llegó a las playas de la muerte consolado y fortalecido por las enseñanzas de Gautama.

Fué Nervo una gran alma mística, que luchó angustiosamente con las dudas y el descreimiento de su siglo, alzándose, como ha dicho bellamente Calixto Oyuela, como una flor solitaria, en medio de la incompreensión de sus contemporáneos.

La fuerza directora que lo guió siempre fué su gran nostalgia de infinito y su asimiento diamantino a la idea de la inmortalidad; cualidades que hermanan a los místicos de todas las épocas, llámense Plotino, Pitágoras, Ruybroeck, Fray Luis de León, Novalis o Emerson.

Hombre ultraculto, con la complejidad característica de esta condición en nuestro siglo, sucedíale algo parecido a lo que él mismo describe refiriéndose a la psicología de los intelectuales modernos: «El que piensa mucho, no puede querer nada en definitivo; no sabe optar con resolución por nada, porque en su cerebro el pro y el contra se equilibran y balancean.

»Para seguir una idea con encarnizamiento, se necesita que tape y obstruya todas las otras; que llene todo el cerebro. De otra suerte, cada idea solicitará al pensador con atractivos especiales; como muchas novias bellas, asomadas a sendas ventanas, volverían loco a un estudiante donjuanesco.»

Sólo que esa fuerza directora que he apuntado ante lo salvó de un estéril diletantismo religioso. No es de extrañar así que las creencias adquiridas en la niñez y en la adolescencia sobre la piedad de Dios, la eficacia de la oración y la obra redentora de Jesús, se abra paso, como dice Oyuela, a través de reminiscencias budistas. Así, en la estrofa citada por el conferenciante argentino:

Encógete callado, y estoicamente espera  
que el Karma (inexorable, pero justo) te hiera  
hasta el fin. Vé, resuelto, de tu castigo en pos.  
Mas abre bien, poeta, los ojos avizores.  
Acaso cuando menos lo piensen tus dolores,  
¡te encuentres, en tu noche, con la piedad de Dios!

La complejidad del alma moderna nadie la ha estudiado en nuestra literatura mejor que José Enrique

...odó, y él ha explicado luminosamente el retorno súbito de las convicciones adquiridas en la primera edad, después que la mente y el espíritu han evolucionado por caminos quizás muy distanciados de ellas. Son las campanas de aquella ciudad lejana y fabulosa que senta Renan en los abismos de su corazón, y cuyos melancólicos repiques, llamándolo a renovar ritos inefables, amable filósofo gustaba de escuchar en su vejez.

La influencia de la filosofía oriental que se va acentuando en las obras de Nervo hasta culminar en *El es-que de los lotos*, no adulteró en nada las bellezas del Evangelio de Cristo que el poeta amó tan fervorosamente. Sin dejar de admirar la profunda sabiduría de Gautama, siguió adorando la dulzura y la poesía de Jesús. Porque Jesús era para él «el más perfecto tipo de realidad que se haya producido en el planeta».

Busquemos la huella de las enseñanzas de Buda en las producciones de Nervo. Nos sale al paso en seguida la teoría de la reencarnación.

Pedro Henríquez Ureña ha escrito acerca de Rubén Darío: «Espíritu legendario, en la cuna de las razas europeas nació con el soplo primordial de los instintos geniales; tal vez vió las enormes selvas de la India; vivió por siglos en Grecia; junto a la margen del Iliso, oyó a Sócrates discurrir sobre el amor y la belleza. Dícese que estuvo encerrado durante la Edad Media en una mística torre terrible; pero es más de creerse que anduviera recorriendo las tierras musulmanas y recogiendo relatos de *Las mil y una noches*. En Francia, en el siglo XVIII, fué un duque pastor que cortejaba

marquesas sentimentales y discretas en las sonrientes campiñas de las fiestas galantes...

Cuando un siglo después aparece en América, algo huraño ante el paisaje indígena, recuerda su vida caballeresca en España, y sueña en versos que parezcan lanzas.»

Lo que en las palabras de Henríquez Ureña es juego imaginativo, acaso sea un factor importantísimo en la crítica del porvenir. Quedarán explicadas las anomalías filosóficas y literarias: el helenismo de Keats, Byron y Ruskin; el budismo de Schopenhauer; los extraños espíritus de Poe y Emerson, que parecen transplantados, como flores exóticas, a los Estados Unidos...

En Amado Nervo, la teoría de la reencarnación toma forma precisa en la poesía «Transmigración». En ella el poeta describe así sus vidas pasadas:

A veces, en sueños, mi espíritu finge,  
escenas de vidas lejanas;  
yo fui  
un sátrapa egipcio de rostro de esfinge  
de mitra dorada, y en Menfis viví.

---

Mas pronto mi alma siguió el vuelo errático  
ciñendo en Solima, y a Osiris infiel,  
la mitra bicornue y el efod hierático  
del gran sacerdote del Dios de Israel.

---

Después, mis plegarias alcé con el druida,  
en bosque sagrado Velleda me amó;



fui rey merovingio de barba florida,  
corona de hierro mi sien rodeó.

---

Y ayer, prior y esquivo y austero, los labios  
al Dios eucarístico temblando acerqué;  
por eso conservo piadosos resabios  
y busco el retiro, siguiendo a los sabios  
y sufro nostalgias inmensas de fe.

Este motivo predilecto aparece en casi todas sus obras sucesivas. Tres composiciones del libro *En voz baja* están inspiradas en él: «Hojeando estampas viejas», «Es un bello recuerdo...» y «Evocación». En esta última, el poeta llama «del hondo misterio del pasado» a una reina de roja cabellera, que en el año mil le prometió un beso. Y la reina viene a él al conjuro de su ensamiento, flotante el brial descolorido, perfumada de eternidad...

Una de las estrofas («¡Quién sabe!») del libro *Sereñidad* nos dice:

Eso de existencias anteriores gusta  
a muchos. A mí me gusta... ¡y me asusta  
por la inenarrable, por la atroz fatiga  
de ir viviendo vidas sin cesar, amiga!

En *La amada inmóvil* explica la intensidad y no-veza del amor que le robó la muerte en el pasado; el espíritu de Ana Cecilia, en su órbita de siglos, ha tenido con el suyo encuentros periódicos. En los poemas dolorosos que le consagra, aparecen de vez en cuando lampos de resignación:



Perdí tu presencia,  
pero te hallaré,  
pues oculta ciencia  
dice a mi conciencia  
que en otra existencia  
te recobraré.

Otras veces sufre por sus omisiones, por no haberla sabido amar, por haberse distraído estudiando las estrellas, sin sospechar que era corto el plazo. Y pide otra vida para amarla «con tantos corazones como tuvo en sus cuerpos anteriores».

De sus obras en prosa, *Almas que pasan*, *Juana de Asbaje*, *Ellos*, *Mis filosofías*, *Un sueño*, *Cuentos misteriosos*, podrían entresacarse fragmentos o producciones enteras, inspiradas en esta teoría.

*Las ideas de Tello Téllez*, libro que el poeta ordenó desde el 1915, muestra ya al pensador, seguro de sí mismo, que opina sobre la vida, sobre la muerte, sobre la realidad del sueño, con impresionante lucidez. Tello Téllez personifica al Nervo de los últimos tiempos que leía a Novalis, William James, Maeterlinck, Oliver Lodge, Emerson, Annie Besant. El capítulo IV de las *Ideas* explica el objeto de la reencarnación: renacemos para evolucionar; el espíritu se perfecciona, siguiendo leyes parecidas a las descubiertas en el mundo físico por Darwin y Mendel...

En alas de rápidos conceptos está descrita en esas páginas la evolución espiritual del hombre: el ser bestial, que a nadie ama, se convierte en el ególatra; tras seculares experiencias, es ya capaz de amar a una

ujer; sube un poco más, y ya sabe amar a sus amigos; asciende a esferas más altas aún, y encontramos al hombre que ama a la humanidad.

En planos elevadísimos aparece el hombre que abraza en su amor a la naturaleza entera, personificado en San Francisco de Asís. ¡Y en la cima sublime, que da vértigo, salvando «tres montañas superpuestas», nos encontramos delante de Cristo!

La Teosofía asoma ya en «Hermana Agua» y aparece definitivamente en el libro *Serenidad*. En ese libro confiesa el carácter mediumnístico de su inspiración; algunos lemas de las poesías están tomados de Krishna y Buda; en «Renunciación» comprende que la paz está en el abandono de todo deseo. Tituló una poesía «Hatha-Yoga», donde define a Dios como una voluntad sin término.

Como los discípulos de Buda, Dios es para él una fuerza que anima al universo; lo adora en la rosa y en la espinosa; sabe que en toda alma hay una chispa de la divinidad, y viste esta idea con frecuencia en la comparación de la chispa que brota del guijarro.

Cree en un Dios «inefable, incomprensible, por ahora, cuyos fines son tan vastos, que sería ridículo juzgarlo por el espacio insignificante de tiempo que la humanidad existe. Un Dios que es lo absoluto, lo incognoscible..., pero que nos ama; que es más uno con nosotros de lo que creemos, que está más identificado de lo que pensamos con nuestro doloroso, pero inmortal esfuerzo».

Tagore ha cantado a un Dios como éste en su «Ofrenda lírica».

He mencionado en otra parte el poema «Las voces» como la primera manifestación que hace el poeta de la atracción que tenían para él los ideales de Buda. En el libro *Mis filosofías*, dice, refiriéndose a Gautama: «El asceta, así se trate del estilita del Ganges, como del monje cristiano en éxtasis, vivirá en otro plano, en el plano superior donde misteriosamente radia nuestro subconsciente, en la esfera de la serenidad absoluta, donde Sidharta Gautama halló, después de la completa renuncia de sí mismo, la finalidad suprema de todas las cosas...

»Las almas de Dios vinieron y a Dios vuelven, describiendo una trayectoria elíptica, muy lenta, a través de innumerables vidas.»

*El estanque de los lotos* es el punto culminante del budismo de Nervo. El título lleva como sello la flor simbólica de Oriente, y a través de sus estrofas el espíritu de Buda va de la mano con el de Jesús.

Al abrirlo, lo primero que leemos es un pensamiento de Gautama: «El agua que rodea la flor del loto no moja sus pétalos». Usa las palabras técnicas del budismo; las ilusiones y egoísmos de la personalidad son «maya»; en el primer poema describe el aiborear del Ego Superior en un hombre que vence al deseo; alude al amigo sublime de que habla Krishna y que en lo hondo de nosotros da silenciosas voces. ¿Qué dicen las notas al final de las páginas? Pensamientos sacados de la doctrina de Buda. Y sigue una composición titulada «Kaipa», y otra aún, «Maya», donde resuena de nuevo la voz de Gautama:

«La personalidad es ilusión de las formas efímeras; los vasos que contienen el agua son distintos, al parecer, mas uno es el Océano, que los llena, y al cual el ole líquido habrán de restituir en breve plazo.»

Concibe el Nirvana como un estado de conciencia en el que ésta se ensancha vertiginosamente; la ilusión se extingue; desaparece la pluralidad y el Yo extasiado, al abismarse en lo absoluto, es por fin *uno* con Dios. Conocía Nervo la doctrina del Karma, la misma que inspiró a Emerson su maravilloso ensayo *Compensación*. Sabía que toda acción va seguida de una reacción, que no podemos escapar del resultado de nuestros más recóndito pensamiento.

Por primera vez menciona la ley retributiva cuando dice:

Y si el Karma quiso, y si hoy no lo quiere,  
es cruel que mi alma tu pobre alma espere.

Y luego, en «Elevación»:

... Y que vosotros,  
los que me hicisteis mal, Dios os bendiga  
más y mejor que los que bien me hicieron,  
porque éstos, ciertamente,  
no han menester de bendición alguna,  
ya que su bien en sí mismo llevaba  
toda la plenitud y todo el premio.

*Mis filosofías* dice de la ley: «Todo es merecido. La ley no se equivoca jamás. La riqueza de hoy es la semilla de lo sembrado antes... Sólo que la mayor

parte de los ricos se comen la cosecha íntegra y no siembran ni un grano para cosechar de nuevo en lo futuro.»

En *Las ideas de Tello Téllez* explica cómo hay una virtud escondida en todos nuestros actos, y cómo el menor bien ejecutado se multiplica en lluvia de bienes.

Otros aspectos, además, descubren el teósofo en Nervo, especialmente su interpretación del pensamiento y su concepto de la cuarta dimensión.

Los teósofos conciben el vasto universo formado por materia de diferentes grados de tenuidad, que existe en un espacio de siete dimensiones. Pero nuestra conciencia no es capaz de apreciar todavía más que tres de esas dimensiones; la materia de los más altos grados de tenuidad es para nosotros como si no existiera. La cuarta dimensión, es lo que llaman los teósofos el plano astral, plano que sigue inmediatamente al físico, adonde pasan los muertos por un período más o menos largo, antes de elevarse a más puros estados de conciencia.

Y así concebía Nervo la cuarta dimensión, como muestran los pasajes que inserto a continuación:

«La humanidad—ciertas clases sociales en especial—se afina. Nuestros sentidos se aguzan. Hay ya resquicios entre la sombra, a través de los cuales adivinamos la cuarta dimensión...»

«¡Su alma debía sonreír con una sonrisa absolutamente espiritual en el seno de la cuarta dimensión!»

«Todas las cosas grandes y bellas que soñamos y

ya realización reputamos imposible, pueden realizar-  
lógicamente en el seno de una dimensión desco-  
cida.»

Veamos el concepto teosófico del pensamiento. Lead-  
ater, en su profundo libro *Inner Life*, dice que hay  
ferentes grados de materia más tenues que aquellos  
sibles a la vista física, y la fuerza del pensamiento  
el hombre, actuando directamente en ellos, los pone en  
oración. El pensamiento es, por lo tanto, un poder de-  
jido y real.

En el cuerpo mental del hombre se marcan, por me-  
o de colores, las malas y buenas cualidades, según los  
nsamientos que habitualmente pensamos: el violeta,  
las nobles aspiraciones; el azul, de la devoción; el  
ado, del afecto; el amarillo, que indica un talento  
sarrollado, pertenecen a la mitad superior del cuerpo  
ntal, mientras que los pensamientos de cólera y ce-  
gravitan hacia la parte inferior. ¿No parece esto un  
sueño de Arturo Rimbaud?

En el capítulo «Nuestro pensamiento», de *Las ideas*  
*Tello Téllez*, después de explicar la actividad men-  
de acuerdo con las ideas de Leadbeater, termina  
estro poeta así:

Los hombres que tienen el hábito de pensar cosas  
moniosas y nobles: los sabios, los artistas, los poetas,  
filántropos, acaban por crear un cortejo de formas  
pensamiento, serenas, sonrientes, llenas de euritmia  
ermosura.

Si Beatriz, por ejemplo, no hubiera existido, Dante,  
pensarla firmemente con su maravilloso numen, la

hubiera creado, y *la creatura bella de bianco vestita*, habríale aparecido, al morir, toda trémula de luz y toda extática de serenidad y de sonrisas...

»Carlota, Margarita, Esmeralda, Lucía, Atala, Virginia, han salido a recibir a sus poetas creadores en las lindes de la muerte.»



## XIV

### ANTE LA VIDA Y LA MUERTE

El bardo del misterio amó la vida. Su temperamento sensitivo, que lo llevaba con frecuencia a las márgenes del «Gran Secreto», le hacía comprender y gozar las bellezas de la tierra. Un simple hilo de agua era su mejor poema. La contemplación de una flor le provocaba en él suaves éxtasis, y en los árboles, en el viento, en el mar, en las piedras escuchaba voces siempre interesantes y nuevas.

La vida para él es un milagro perpetuo que sus ojos no se cansan de mirar. En esto difiere de casi todos los místicos de occidente, para quienes la vida era destierro doloroso.

Pero su interpretación de la existencia no se afirma en la que llega a la madurez. Ha sufrido, ha amado. El dolor, su gran maestro, le ha enseñado cómo la vida del alma va puliéndose hasta alcanzar perfección supremas.

En equilibrio perfecto, una resignación sublimemente serena, lo llevan a las serenas cumbres de la Beatitud. Desde allí el discípulo de Buda nos habla:



Una mirada plena, de observador profundo,  
y embelesado siempre, que ve sin inquietud  
el panorama múltiple del universo mundo:  
eso es la beatitud.

---

Pensar, pensar sin tregua y admirar;  
mas sintiendo  
que nada nos afecta ni afectará jamás  
del devenir y el cambio sin fin que estamos viendo;  
que somos, ante el piélago, presencia nada más.

---

Que mónada inmutable, pura y simple conciencia,  
inconmovible en toda su primordial virtud,  
de su aseidad segura, confiada en su inmanencia,  
nuestra alma estará toda y en todo como esencia:  
saber y sentir esto: ¡he aquí la beatitud!

En sus primeros años, el poeta tuvo miedo de la muerte. Él mismo lo confiesa en el prefacio de *La amada inmóvil*. Después, según fué creciendo en espíritu, empezó a verla como la descubridora del celeste secreto, la que contesta todos los «porqués», el remanso que nos acoge al final de la vida, el regalo que se nos da por haber vivido...

Tres años antes de llegar la Esperada, la presente en varias composiciones. Un deseo agudo de partir lo invade. El tren en marcha lo invita a subir; envidia las aves; se emociona ante el aviador; las nubes lo hipnotizan; el viento murmura a su oído: «¡Márchate!» Pide a su médico un diagnóstico de este raro mal, y él le contesta:

— ¡Acaso vas a morir, poeta!

Antes de marcharse, escribió un maravilloso saludo a la muerte: Madre de la filosofía, ennoblecedora de la vida con su «¡quién sabe!», su presencia sublima todo lo grande: el dolor y el amor. El alma que luchó sin cesar en la vida, pasa bajo su arco triunfal, como un héroe taciturno, y encuentra al otro lado, regalo, abrigo, casa. Pero su grandeza incomparable está en haber sido la creadora del misterio, el origen del ideal y la escala augusta que llevó al hombre a encontrarse con los dioses.

He parafraseado la poesía «¡Oh muerte!», de Amado Nervo.

Él pasó ya bajo el gran arco de triunfo, y si ha podido seguir el hilo de mi pensamiento, afirmará o negará con sonrisa de iluminado, los conceptos con que mi espíritu, humilde, pero devotamente, ha expresado lo que hay en el fondo de su múltiple personalidad.



## ÍNDICE

|                                     | <u>PÁGS.</u> |
|-------------------------------------|--------------|
| I.—El Mensaje.....                  | 9            |
| II.—La atracción del misterio.....  | 11           |
| III.—Nervo y Shakespeare.....       | 13           |
| IV.—El psicólogo.....               | 17           |
| V.—El humorista.....                | 23           |
| VI.—El pedagogo.....                | 25           |
| VII.—Amado Nervo y el amor.....     | 33           |
| VIII.—El poeta astrónomo.....       | 39           |
| IX.—Afición científica.....         | 45           |
| X.—Amado Nervo y España.....        | 49           |
| XI.—Dulce Fray Luis.....            | 55           |
| XII.—La devoción maeterliniana..... | 59           |
| XIII.—El místico.....               | 63           |
| XIV.—Ante la vida y la muerte.....  | 81           |















UNIVERSITY OF DAYTON LIBRARY



R000489138



UNIVERSITY OF DAYTON, ROESCH LIBRARY

BOOK DUE ON LAST DATE SHOWN

|   |            |    |  |
|---|------------|----|--|
| 1 | APR 08 '91 | 7  |  |
| 2 |            | 8  |  |
| 3 |            | 9  |  |
| 4 |            | 10 |  |
| 5 |            | 11 |  |
| 6 |            | 12 |  |